CAPITULO XIX

Que trata de cómo parlamentaron D. Quijote y el Obispo de la Seo de Urgel y demás famosos incidentes que ocurrieron.

Cuando D. Quijote, ya retirado á su habitación, oyó los agudos toques de los clarines que llamaban al descanso á la tropa del castillo, creyó que todos los ejércitos del Obispo venían sobre la fortaleza y contra él para sorprenderle y degollarle; así que saltó de la cama y empuñó la tizona: mas viendo que, cesados esos toques, no se oía ya ni movía una mosca, pensó que esos ejércitos eran deshechos ó por lo menos rechazados por la natural virtud de aquella fortaleza de matar ó dispersar á sus enemigos, vomitando fuego espontáneo por todas partes. Mas, como no oyó el estrépito de los disparos de bombardas y arcabucería, supuso que acaso el combate sería aquella noche al arma blanca, y que al asalto de los que atacaban, las piedras todas de la fortaleza se habrían convertido en picas, lanzas y espadas tajantes, para rechazarlos.

Volvióse al lecho, seguro de que no era menester su ayuda, y durmió ocho horas sin sentir el nuevo toque de aquellos clarines á diana. Cuando se levantó, era cerca de medio día, y ya estaba el Príncipe de vuelta de cumplir su misiva con el Obispo.

Su Excelencia, dijo á D. Quijote, me ha recibido muy cortésmente; pero, cuando supo que un solo caballero quería conquistarle su Imperio, se sonrió con desdén, y ya iba á dar por terminada la entrevista negándose á parlamentar. Mas, como yo le dijera que ese caballero era el valeroso D. Quijote de la Mancha, se le mudó la color del rostro, y ya cambió de opinión, diciéndome: Id y contestad al Sr. D. Quijote que

con él sí parlamentaré; que bien sé que, aun yendo solo, será capaz de acometer á todos mis ejércitos juntos, y en caso favorable alancearlos y dispersarlos, como hizo con aquellos escuadrones donde iba Alifanfarón de la Trapobaria y Pentapolín el del arremangado brazo.

¿Eso dijo? preguntó D. Quijote. ¿De manera que él sabía que aquellos eran ejércitos y no manadas de carneros, como los pintaba el moro mi cronista? Conócese, añadió, que ese Obispo debe ser ducho en descubrir, á través de las desfiguraciones de los falsos historiadores, la verdad de las cosas, y se trasluce así mismo que ha de estar muy al cabo de las vicisitudes prósperas y adversas de los caballeros y del alcance de sus temeridades.

Vaya si es ducho y está al cabo de todo, dijo el Príncipe. Como que, según me contó, había sido caballero andante también, cuando más joven; solo que, después de haber realizado mil hazañas por una cierta doncella andariega dueña de su albedrío, hallóla con otro diciéndose ternezas en un bosque, y como ellos huyeron y no pudo darles alcance, ciego de ira comenzó á arrancar de cuajo todos los árboles del bosque aquel, que eran testigos de la infidelidad, echándolos por alto como un huracán, y eso que algunos tenían más de cuatrocientos años y eran de tronco tan grueso como una torre. Y luego de haber dejado el bosque pelado, como Dulcinea os dejó la media cabeza vuestra, decidió hacerse ermitaño, y tal fué su piedad, que llegó su fama á Roma, y de allí salió que fuese nombrado Obispo de Urgel, para que como Obispo tuviera toda la virtud que de ermitaño tenía, y como Emperador de Andorra y jefe de sus ejércitos pudiera renovar, si era menester, sus hazañas y poner en juego sus hercúleas fuerzas.

¿Tantas tiene? preguntó D. Quijote, deseoso de saber con cuál adversario tenía que habérselas: contadme otra hazaña, porque eso de arrancar los árboles de cuajo, ya lo hizo Orlando al ver Angélica con Meodoro, y no es cosa que pruebe nada; pues bien sabido es que el hombre, en accesos de locura amorosa, saca fuerzas desconocidas é increíbles.

Para probarnos sus fuerzas, sin ese aditamento, os diré, interrumpió el Príncipe, que en sana paz, y sin acceso de furia ninguna, es público en Urgel que, sólo al decir *dominus vobiscum*, desde el presbiterio de la Catedral, en un día de fiesta, dió sin querer al abrir las manos al púlpito que á la derecha estaba y que era de piedra serpentina, enclavado en la columna del templo y sostenido por dos grandes angelones de berroqueña, y lo derribó, hallándose encima ya preparado el predicador, lo que produjo el consiguiente pánico y el desmayo de muchas damas; salvándose el predicador por milagro, pues el púlpito quedó volcado y hecho pedazos.

Esa sí es prueba, dijo D. Quijote; que por lo que un hombre hace naturalmente y sin esforzarse, puede colegirse lo que hará poniendo en ello fuerzas y empeño; mas os digo que no han de servirle conmigo en ninguna manera: porque una cosa es la fuerza y otra el valor, la temeridad y la destreza en los peligros, y en eso no ha de aventajarme ni vencerme, aunque haya arrancado más árboles de cuajo que las más formidables trombas. Ello no obstante y sea cual sea el resultado de aquesta empresa en que me encuentro empeñado desde que me levanté de la cripta, iré antes á parlamentar en las condiciones que hayais acordado, y me excederé con mi adversario en cortesanía; que ésta no amengua el valor y antes es su mejor gala.

Explicó el Príncipe á D. Quijote que las condiciones establecidas para celebrar aquel parlamento eran: sitio neutral, un campo próximo al castillo del Conde, al que no podían acercarse los guerreros del Prelado sin que el castillo los destruyera; hora, la caída de la tarde de aquel día; momento preciso, el de la puesta de sol; acompañamiento, D. Quijote iría con dos ayudantes de su confianza y el Obispo con otros dos de los suyos; ceremonia, se acercarían y saludarían, haciendo D. Quijote la fórmula de ir á hincar la rodilla, para besar el anillo Pastoral, levantándole y no consintiendo el Obispo esa reverencia.

Conforme D. Quijote en todo ello, y avecinándose la hora de la cita, vistióse sus armaduras, se ciñó su espada, y á poco volvieron el Príncipe y otro ayudante, que habían de acompañarle, dirigiéndose todos, por detrás de la fortaleza, al campo convenido.

No tardó en aparecer el Obispo con sus dos ayudantes también; el cual iba vestido en traje de calle, con su sombrero de canal negro de forro verde y su túnica de botones morados, y un bastón que le servía de sostén al parecer, pero que bien podía tomarse por maza guerrera. Este Obispo era, como el Conde de Urgel, un camarada del Veloz-Club, que había venido con los demás á continuar aquellas sabrosas escenas, y que, disfrazado de Obispo, acudió con sus compañeros á parlamentar con D. Quijote, y llevaba el bastón aquel, haciéndose el valetudinario, pero en verdad no fiando del todo en la cordura y serenidad del caballero. Por ello habían concertado los del Veloz que hiciera de Obispo de Urgel el más fornido y hábil, ó sea aquél, que además de su fuerza natural, tenia la ventaja de ser un consumado tirador de esgrima y de manejar el palo diestramente, á estilo vascongado.

Avistados los de ambos campos y cumplidas las ceremonias estipuladas, dijo el Obispo que tenía gran placer en ver restaurado, como pintura de cuadro antiguo, al esforzado caballero Don Quijote, y que deseaba saber en qué podía servirle, que no fuera en mengua de la Iglesia y de su Imperio de Andorra.

Vuestra Excelencia, dijo D. Quijote, pone con esa última cortapisa tal embarazo á mi demanda, que veo en ello una anticipada y negativa respuesta: porque es el caso que yo soy el obligado á servir en todo y reverenciar á Vuestra Excelencia, como á Ministro del Altísimo; mas no en lo relativo al Imperio de Andorra, que es la materia de esta entrevista.

Veamos, exclamó el Prelado, qué es lo que sobre ese Imperio deseáis, y si es un permiso de pasar por sus territorios para vos ó para algún ejército vuestro, ó cosa semejante en que suelen servirse mutuamente los Reyes y Emperadores, yo os lo otorgaré de grado.

No es eso, sino más, respondió el caballero; y es que tiene Vuestra Excelencia ese Imperio, por causa de que su antecesor del siglo IX forzó ó inclinó la voluntad de un moribundo á que se lo donase, y yo empeñé la palabra de conquistarlo para donarlo á mi vez á mi escudero Panza y á su mujer é hija, á las que prometí hacer Princesas, y pido deje Vuestra Excelencia de grado esa imperial corona, y me otorgue acta de cesión de todos esos vastos dominios temporales, quedándose con lo de espiritual que le incumbe.

Señor caballero, contestó el Obispo, ya decía Plinio que era tarea ardua dar novedad á lo antiguo y claridad á lo oscuro; y traigo esto á cuento, para persuadiros de que no es fácil averiguar lo que pasare realmente en el siglo IX, con la donación de Andorra; ni si fué por voluntad libérrima de aquel Conde de Urgel, ó por sugestión *in artículo mortis*, como se ha inventado. Aun siendo de origen vicioso, el tiempo y la prescripción, que reconocen las leyes civiles y eclesiásticas, todo lo sanean, y sano ha llegado á mí ese Imperio, en cuya quieta y pacífica posesión me hallo con mis antecesores más de mil años; que no creo haya otro imperio más antiguo, sino es el de la Santa Sede sobre Roma; y lo que vos proponéis es despojo, por la amenaza, y en su caso por la violencia, renovando con estos mis Estados episcopales lo que hizo el Rey Galantúomo con los Pontificios.

No sé qué haría ese Rey, ni nunca oí hablar de él, respondió el caballero, y para mí que todavía el Papa reinaba en sus Estados; pero notad la diferencia de un caso y otro, y es que Roma fué donada sin fuerza ni miedo, por Pipino y Carlo Magno al Sumo Pontífice, y aquí solo por miedo á las penas del infierno y por precio de una absolución fué traspasado ese Imperio; y no es deshacer esa donación dar novedad á cosas añejas, sino restaurar el derecho y la justicia; ni hay obscuridad en el caso, cuando está vivo y parlante ese Castillo de los viejos Condes, donde se conserva la tradición de padres á hijos, y que por permisión divina y como testigo de mayor excepción se alza y subsiste. En cuanto á eso de la prescripción, no sé más ley que el natural derecho en mi conciencia escrito, y mi espada dispuesta á defenderlo, y en él no entran tales concesiones á la injusticia y al dolo. Con que así, abreviemos y deme Vuestra Excelencia una categórica respuesta: si ó no; que yo me holgaré sea afirmativa, para evitar todo choque entre vuestros ejércitos y mi lanza.

Pues que queréis una respuesta categórica, dijo el Obispo, os digo que nó; que jamás cederé mi Imperio, como no sea por la fuerza de las armas, que obligado estoy con ellas á sostenerlo; y para que sepáis en cual empresa os metéis, os aviso que tengo medio millón de hombres equipados y armados, que á una señal de mi báculo bajarán de esas montañas, sobre el que atente á mis dominios.

Creía yo que era un millón, dijo D. Quijote, y no me arredraba. Siendo medio nada más, comprenderá Vuestra Excelencia que me siento con más bríos. Con que así, sabida vuestra determinación, demos término á nuestra plática; pero todavía quiero daros un plazo de tres días, para que penséis mejor la conveniencia de evitar á vuestros ejércitos la nunca vista matanza que he de hacerles, y de entregarme ese Imperio, sin que ese río Segre tenga que llamarse en lo sucesivo río Sangre, por la mucha que ha de llevar durante años enteros, si la batalla se libra.

Saludáronse los dos y se retiraron, con sus ayudantes cada cual; D. Quijote hacia el Castillo del Conde, y el Obispo hacia una calesa que esperaba para irse á su Palacio, de incógnito; y de toda la conferencia dió cuenta el caballero al Conde, diciéndole que en aquellos tres días de plazo tenía que buscar caballo y escudero, y hacer que éste le limpiara y preparase sus armas, para tan empeñado combate.

El Príncipe había sugerido á D. Quijote aquello del plazo, porque ya no sabía cómo podría el fingido Obispo salir adelante con su ficción, ni de donde había de sacar aquel medio millón de guerreros, que sin cautela había dicho bajarían en seguida de aquellos riscos á luchar con el caballero, y quiso en esta tregua ver

de buscar á ello solución, aunque fuera aparente. Por fortuna, el Comandante general del Castillo de Solsona, que lo era al mismo tiempo de la plaza de Urgel y que se solazaba mucho con aquellos lances é invenciones, admirando la locura quijotesca del caballero, dijo al Príncipe que tenía orden de hacer con las tropas de la plaza y otras comarcanas un simulacro, y que lo adelantaría, para que fuese á los tres días cabales, y creyera D. Quijote que todos aquellos batallones eran del Prelado, y que todo aquel fuego del simulacro iba contra él, para ver qué hacía, y si se arredraba ó no ante tantos enemigos; por lo que las tropas simularían un ataque para tomar el puesto en que estuviese el caballero y sus alrededores, y luego una retirada, sin llegar á ocuparlo.

Así quedó combinado, esperando todos con impaciencia el vencimiento del término, y propuestos á llevar á D. Quijote al punto estratégico á donde debían dirigir sus operaciones las tropas del simulacro.

Arrepintióse D. Quijote de haber concedido aquel plazo: porque la impaciencia y nerviosidad por acabar aquella empresa y conquista no le dejaban reposo. Así que pasó dos días inquieto y desazonado, requiriendo á cada momento la espada y dando mandobles al aire, para adquirir destreza en su manejo, ó probándose el casco regalo de la Emperatriz de Villacañas, ó blandiendo la lanza contra imaginarios enemigos. Lamentábase de no tener escudero ni caballo, y se habían hecho diligencias de un palafrén, que le pareciese á Babieca, pues lo del escudero no era tan preciso: pero, en la tarde del segundo día, estando el caballero reconociendo por una de las almenas el campo, vió venir por la carretera una pequeña caravana, compuesta de una amazona á caballo, con traje largo de viaje y sombrero de gallardas plumas, y luego uno que le pareció Panza, montado en una mula que cojeaba, y llevando amarrado detrás el ronzal de un jaco *in extremis*. Eran efectivamente Panza y Babieca, y la amazona la Emperatriz de Villacañas.

Avisó D. Quijote la oportunidad de aquel arribo y salieron todos á recibir á la viuda y al escudero y Babieca, con grandes muestras de regocijo, y aquélla les contó cómo habiendo ido unos días al Escorial, encontró al cabo de ellos que Panza llegaba con su recua, extraviado, muerto de cansancio y de hambre, y Babieca harto estropeado y en esqueleto; y que, al referir Panza que se enderezaba hacia Urgel, á donde había ido en globo D. Quijote y le esperaba el Príncipe hermano de la Emperatriz, determinó ella que todos se dirigieran en el hipógrifo de los caballos de vapor desde el Escorial á la estación más próxima á Urgel, y desde ella, caballeros en sus palafrenes, hasta donde Don Quijote y el Príncipe debían estar.

El júbilo les rebosó á todos en los semblantes, y el Príncipe, en un aparte, contó brevemente á su hermana cómo habían entrado todos en bureo y lo que tenían determinado sobre la batalla que D. Quijote había de librar con los quinientos mil hombres del Obispo, prometiendo contarle los sucesos anteriores desde que Don Quijote llegó á casa de D. Lucas, holgándose mucho la viuda de poder ser testigo de aquel combate, y de lo que se combinara para la definitiva conquista de Andorra.

Enseguida la Emperatriz preguntó á D. Quijote si había quedado contento del servicio del hipógrifo, y él le respondió que sí, y que jamás vió monstruo tan espantable y tan bien domesticado; si no es el águila caudal que le había llevado en una noche, desde Venecia á donde había el caballero salvado á Desdémona, hasta Urgel en que estaba ya á las puertas del Imperio apetecido.

Díjole la Emperatriz que ella podía poner en pie de guerra trescientos mil hombres, para ayudar al caballero contra los quinientos mil del Obispo; pero aquél declinó muy agradecido tan valioso ofrecimiento, respondiendo que él había hecho ya ánimo de pelear contra un millón, que creía eran los que el Obispo le opondría, y que reducidos ahora á la mitad no había menestar más tampoco que la mitad de su ánimo y esfuerzo.

En estas conversaciones volvieron al castillo

del Conde, donde fué muy bien atendida la Emperatriz, según su rango, y Panza, según el suyo, y se mandó llevar á las caballerizas la mula y Babieca, y darles todo el pienso que quisieran hasta hartarles, para ver si recobraban fuerzas y podían entrar en la batalla preparada. Y entre tanto D. Quijote obligó á Panza á limpiarle todas las armas, que debían relucir como venecianos espejos; menos el casco aquel consabido, que no podía salir de su color achocolatado, que el caballero creía ser un especial pavón de su bien templada lámina.

CAPITULO XX

De los coloquios y preparativos de D. Quijote y Panza, y de la reñida y sangrienta batalla del caballero contra los ejércitos episcopales, en el paraje de los Cuervos.

Todo tiene término y remate en este bajo mundo, ¡oh Panza! exclamó D. Quijote al verse á solas con su escudero. Los ha tenido mi encantamiento é inercia de trescientos años y los va á tener mi proyecto de coronarte emperador de Andorra, en la batalla que mañana se ha de librar; y ya me veo, como Annibal á las puertas de la soberbia Roma; solamente que él desaprovechó la ocasión de asaltarla incontinenti, y yo no he de perder minuto.

Y como el caballero explicara á Panza todo el curso de sus negociaciones hasta aquel día, en que había de decidirse la suerte por las armas, y como le dijera que no eran más que quinientos mil guerreros episcopales los que tendría que vencer á la mañana siguiente, Panza se quedó muy melancólico y decaído, temiendo que, aunque no fueran tantos no solo no tendría el reino prometido, sino que se quedaría también sin amo y promisor en aquella jornada.

No pongas cara triste, decía D. Quijote, que las vísperas deben celebrarse como las fiestas. Y Panza seguía sin chistar, limpiando con una gamuza el orín de la armadura y de la espada; por cierto sin poder sacarlo: tan añejo era y bien agarrado hallábase á los envejecidos aceros.

¡Ay, Señor mío! prorrumpió el buen escudero al cabo de una pieza, sin que nada le hubiera dicho más D. Quijote; y dando un gran suspiro se le saltaron las lágrimas de los ojos.

¿Qué, hombre, qué? exclamó aquél; acaba tu discurso, empezado con ese lastimero exordio.